

		RESEÑAS
<h2>El ruido de las páginas</h2> <p><b>Hábito del tiempo</b> RAMÓN COTE BARAIBAR Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2014, 133 págs.</p> <p>COMO EL poeta que descubre su obsesión y su condena desde el principio, Ramón Cote parecería haber encontrado su escritura desde los veinte años, en los <i>Poemas para una fosa común</i> (1984) y <i>El confuso trazado de las fundaciones</i> (1991), los dos libros que abren esta magnífica selección de su poesía que nos regala la Universidad Javeriana. Desde entonces, hace treinta años, este poeta ha encontrado otra manera de narrar el tiempo, quizá de agujerearlo a través de la escritura, y ha hecho de estos trabajos su manera de habituarse a que las cosas se despidan.</p> <p>Dentro de todos los recursos, muchos de ellos insuficientes –la excepción sería el lenguaje y nuestra capacidad de producirlo–, no habría nada que escasee hoy tanto como el tiempo, lo recuerda Jorge Riechmann en sus artículos. Como ocurrió en su momento con los dinosaurios se agota la energía disponible antes de que podamos renovarla, se agota la diversidad de alternativas para sortear una catástrofe. En la vida cotidiana se quejan los adultos y los niños de lo mismo: no hay tiempo para nada, divididos como estamos entre pantallas y conversaciones, las múltiples demandas del ocio y del trabajo en las que tan pocas cosas permanecen de verdad.</p> <p>Existe la necesidad de concentrar los instantes –Andrei Tarkovsky hablaba de “esculpirlos”–, restituirle a las cosas su espacio difuso en la memoria, a la manera de los antiguos geógrafos. Sería inútil pretender que los poemas alcanzaran la velocidad en la que hoy pasan los sucesos, aún más ingenuo que los puedan cambiar. Los poetas solo pueden condensar el tiempo para darle otro significado, a veces dispararle a los relojes, como si no hubiera gravedad y nos pudiéramos mirar desde otra altura:</p> <p>Y de pronto todo calla, todo se refugia,</p>	<p>todo se recarga en el silencio, y el aire se detiene por un momento frente a cada labio, antes de la palabra. Se ha parado el motor. Parece como si los montes oscuros bajaran a mirarnos. La Berlina está varada antes de llegar al páramo. La noche intenta romper una ventana. Adentro se inicia cierta confusión de cuerpos y maletas, de sílabas, de miradas dormidas, de pertenencias... [pág. 19]</p> <p>Nadie sabe para dónde van estos viajeros, ¿y acaso importa?, es la perpetua movilidad de la vida que migra. En otro de estos primeros poemas se habla de un Cementerio donde dos veces al mes queman “coronas de flores”, nombres que alguna vez fueron de personas. Esta devastación es la que cerca los objetos en esta poesía, las fija en el papel y en la memoria. Por un momento, pensamos, podemos demorar lo que huye o en secreto se desvanece, o como lo dice en otro poema –y yo diría que en toda esta poesía–, “hacer visible el tiempo”, como si fuera un extraño visitante que ha pasado por la vida y por las páginas, alguien que come y se desnuda con una terca obstinación.</p> <p>“Hacer visible el tiempo”, mirarlo en perspectiva hasta que alcance su tensión y su medida. Esto pasa especialmente en <i>Botella papel</i>, de 1992, y en <i>Colección privada</i>, de 2003, dos caras distintas para hablar de una misma poética: el primero nos muestra el tiempo a través de los vestigios de una ciudad de demoliciones, la suya, el segundo lo sobrevive gracias a un paraíso ganado en el amor a las pinturas, las infinitas relaciones del que ha podido ver otra vida a través de ellas:</p> <p>Ni siquiera las lágrimas espesas como el mercurio Ni el yunque ardiente que les quemaba muy adentro ni los kilómetros de zarzas que hicieron sangrar sus tobillos ni la prolongada llovizna que los recibió en la intemperie. Nada, nada de eso, ni las semillas ni las arenas ni las sucesivas generaciones han podido borrar de nuestros</p>	<p>cuerpos ese aroma a jazmín que un día muy lejano trajeron del paraíso. [pág. 75]</p> <p>Inolvidable es este poema a partir de la “Expulsión del paraíso”, después de leerlo el cuadro de Masaccio no vuelve a ser el mismo, como inolvidables son el poema de la “Ginevra” de Da Vinci y su cara que es “la marca indeleble del óvalo del olvido”, su “Katia leyendo”, de Balthus, en el que el cuadro es el pretexto para espiar y amar de nuevo el mundo: “No existe mayor placer en la vida, Katia, que espiarte...”, nos dice.</p> <p>Podríamos decir que lo que <i>no cuentan</i> los cuadros de esta “Colección” es el despliegue numeroso de esa ciudad de vencimientos que es <i>Botella papel</i>, que los colores justos de su paleta, su armonía, han sido salvados tras una lucha con una ciudad. “Catálogo de extinciones”, como bien dice de este libro Guillermo Martínez de <i>Botella papel</i>, “liturgia de las presencias desaparecidas”, ante los ritmos de una ciudad que ha construido sus bases sobre los escombros, en la cual parece que todo se desplaza para seguirla demoliendo, el poeta de estos versos contrapone una memoria desde los vestigios. Le devuelve el fulgor a los escombros. Trata de darle un alma a lo perdido recordando la olvidada heráldica de los oficios en desuso. Como los niños de sus poemas comprende “que las casas demolidas son el único lugar indicado para inventar sus ceremonias”.</p> <p>“El repartidor de carbón”. “La zapatería”. “El fotógrafo de los parques” o “el afilador”. “Los taxis” y “las bicicletas de carnicería”. La prosa abigarrada de estos versos recuerda las infinitas liturgias de lo pequeño, que sobre los vivos, a la manera de Walter Benjamin, pesaría el fardo de las desilusiones de los muertos. Dos poetas viajeros encontraron en Bogotá el correlato de sus aventuras, Luis Vidales y Mario Rivero. Ramón Cote es quien cierra este circuito del otro lado de la vida, hace antropología de lo que fue una vez llegada y promesa. Esa actitud nostálgica, más que un lamento, le ofrece a lo perdido una merecida oración, un reconocimiento, así sea para mostrarnos que una ciudad derrumba el lugar</p>

RESEÑAS		
<p>de sus antiguas ilusiones, que también estamos hechos de objetos y presencias abolidas, que lo que a diario olvidamos, basuras, despojos, es en ocasiones lo que más nos define.</p> <p>Una ciudad que nunca fue o que al menos no terminó de definirse, de eso no habla este pregón, “Botella papel”. ¿De dónde le viene a Ramón Cote esta capacidad para dolerse en lo material, dónde ha forjado sus metales? En esta selección parece aparecer una respuesta como antecedente: <i>Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de Delicias</i> (1991), un hermoso ejercicio en el cual Ramón, a la distancia, nos cuenta desde lo más remoto lo que después hará en <i>Botella papel</i> con lo que tiene a la mano: la historia de tiempo narrada desde sus negativos. Entre corrosiones y metales enfermos estos poemas nos develan cuánto le debe esta poesía a “los hospitales” de Álvaro Mutis, otro poeta de la fatalidad del tiempo.</p> <p>Los viajes que no llevan a ningún sitio y que aparecen en los primeros poemas, un museo imaginario y que es el fondo la amistad, una ciudad y sus vestigios, unos trenes. Junto a todo lo que Ramón Cote escribe estaba una vida intercalada de lecturas, casi sin que nos percatemos de su presencia, un poeta que escogió en las palabras y en las palabras de los otros el lugar de sus secretos extravíos. Al lado de estos poemas estaba el ruido de las páginas, el tiempo que a través de ellas parece andar con más lentitud. En los dos últimos libros de esta selección (<i>Los fuegos obligados</i> de 2009 y <i>Como quien dice adiós a lo perdido</i>, de 2013), a la vuelta de tres décadas, el poeta que hablaba de la fugacidad de las cosas pasa revista a sus propias experiencias, comprende que el tiempo se hace visible en él como antes en los objetos de su ciudad. Esta última poesía habla de lo cercano pero no puede decirse de ella que sea simplemente anecdótica. Existe una conciencia de lo que Jorge Cadavid llama en el prólogo como “extrañamiento”, de un lenguaje ajeno y heredado que nos obliga a escribir a su manera –la poesía es “la tirana”, dice–, lo que hace de su experiencia una deriva compartida por todos los corazones.</p> <p>Y habla el poeta de las playas de Marbella donde entendió su orfandad, de un muro que también es su espejo.</p>	<p>En los poemas de <i>Como quien dice adiós a lo perdido</i>, quizá los más entrañables, el poeta se mira desde arriba y pasa revista del sillón en el cual ha escrito sus poemas, pasa revista de “Las muertes” amigas que ha presenciado, para que no se queden impunes. Comprende que él también ha pagado su cuota de vencimientos para poder habitar en “La ciudad de los puentes amarillos”:</p> <p>Pero esas monedas de distintos tamaños y variadas denominaciones son restos, gastados testimonios que entregas y recibes diariamente, y sin que tú mismo lo sepas alguien los va anotando en su enorme libro de contabilidad, para saber el precio que pagas por cruzar esa ciudad de los puentes amarillos.</p> <p>El poeta nos habla aquí de Bogotá pero en realidad de cualquier ciudad en que los días se paguen moneda a moneda, desde cualquier rincón en el cual el tiempo tenga su hábito de embellecer las cosas antes de que se pierdan para siempre. Ya conocemos esta historia, es la misma de siempre porque en realidad no hay otra historia. Recordaba Auden que a un poeta hay que juzgarlo por su autenticidad, no por su originalidad que acaso sea imposible. Hace unos días un amigo en común reflexionaba sobre el título “Botella papel”, un pregón indeleble para los que nacimos antes de los noventa pero no para las últimas generaciones. Cuando los libros enmudecen en tantas direcciones, se cierran librerías y revistas como voces de ayer, esta antología, precisamente un ejemplo de las posibilidades del libro y su mirada panorámica, nos habla desde el presente con una complicidad que todavía necesitamos, y una velada resistencia.</p> <p style="text-align: right;"><b>Santiago Espinosa</b></p>	